DESDE 6 AÑOS

El gorila Razán

María Luisa Silva
Ilustraciones de Marco Saraniti

Cae la noche sobre la selva y la luna brilla en todo su esplendor. Mientras los animales se preparan para dormir, un sapo inicia su serenata nocturna. El bello croar arrulla el sueño de todos, excepto el del jefe gorila Razán quien, furioso ante tal interrupción, decide expulsar al molesto cantor. La unilateral medida, sin embargo, enfada a los demás animales quienes deciden actuar.




ISBN 956-239-117-5
9 789562 391177

ALFAGUARA INFANTIL

El gorila Razán

María Luisa Silva
Ilustraciones de Marco Saraniti



Título original: *El gorila Razán*

Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

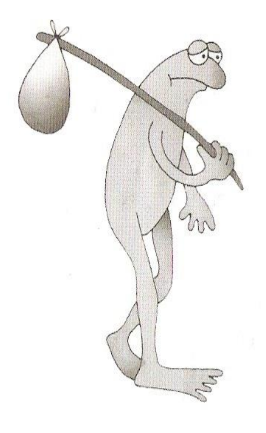
- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
  Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
  Avda. Universidad, 767. Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
  Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**
  Avda. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
  Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**
  Avda. Venezuela N° 276, e/Mcal. López y España, Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
  Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-117-5
Inscripción N° 115.228
Impreso en Chile/Printed in Chile
Primera edición en Chile: agosto de 2000
Séptima edición: abril 2006

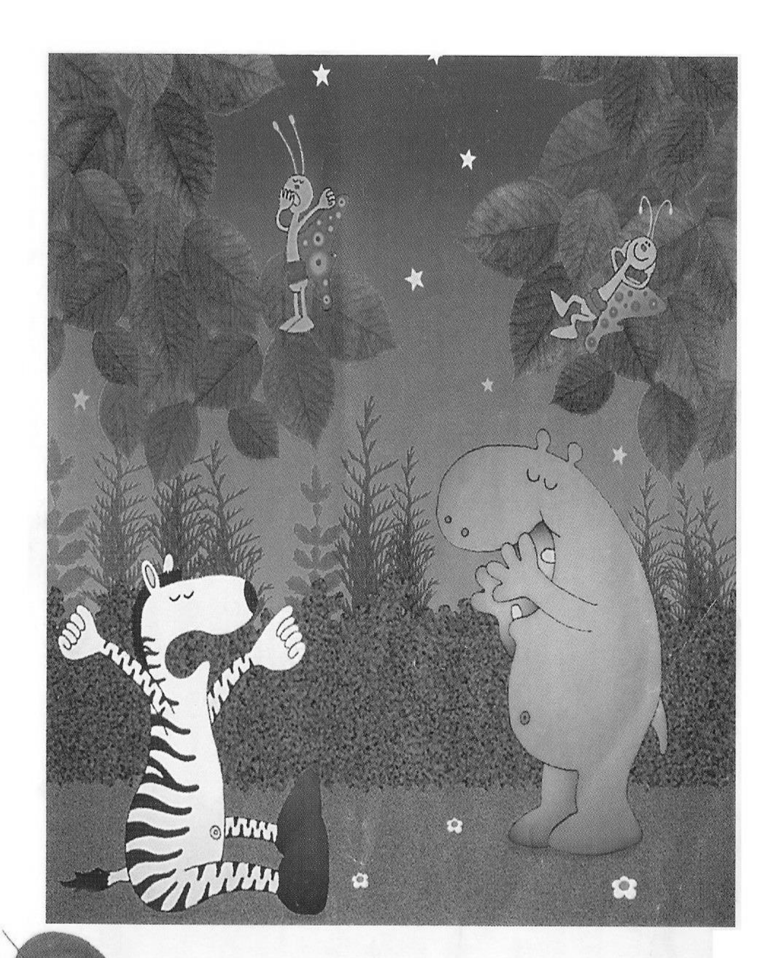
Diseño de la colección:
Manuel Estrada

El gorila Razán

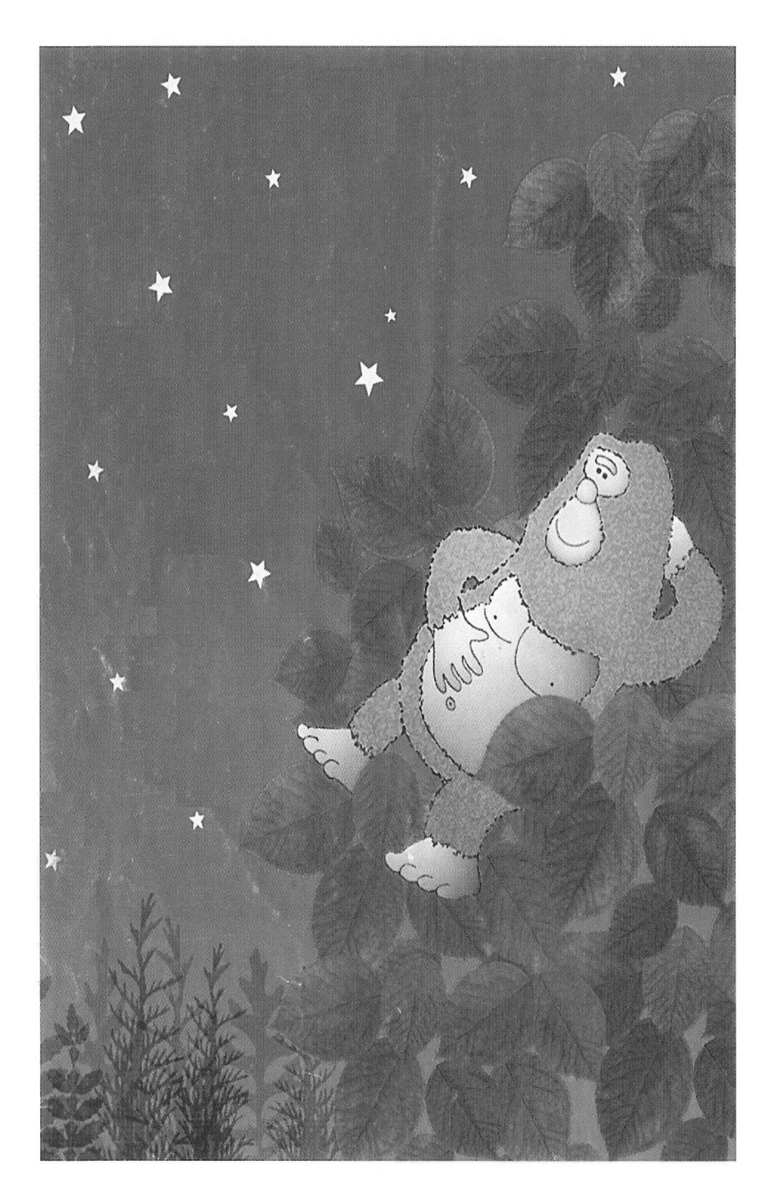
María Luisa Silva
Ilustraciones de Marco Saraniti







La noche empezaba a caer sobre la selva.
Las mariposas ya habían doblado sus alas para dormir
y los animales se disponían a descansar.



Desde lo alto de su árbol, Razán, el jefe gorila
encargado de cuidar la paz del lugar,
revisaba con su mirada astuta
por entre los helechos y flores
que todo estuviera tranquilo.
Cuando estuvo seguro de ello,
se tendió junto a su familia
protegido por las ramas del frondoso árbol
que les servía de hogar.
Bostezó y, luego de golpearse el pecho
varias veces con ambas manos, se dispuso a dormir.
Mas, no fue así, pues de pronto unos extraños ruidos
rompieron el silencio de aquella noche.
Razán se incorporó.
¿Quién osaba interrumpir su descanso?



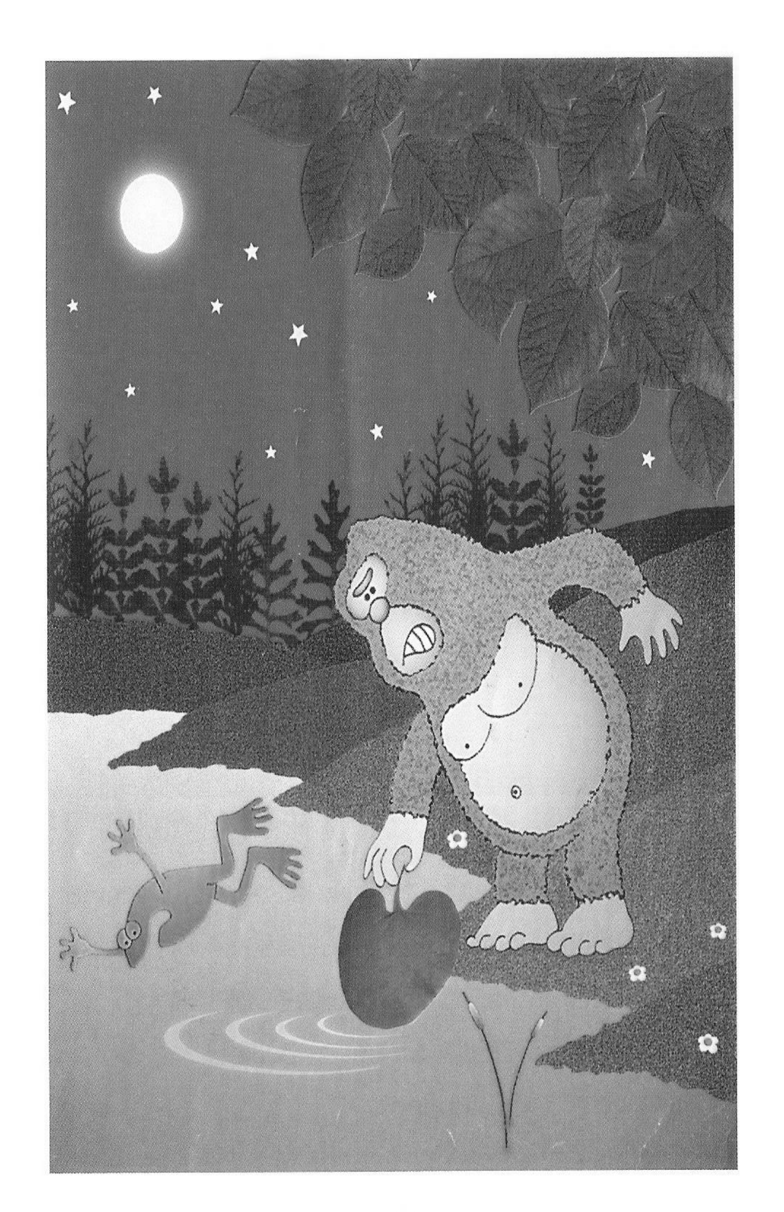
Los sonidos volvieron a repetirse, sólo que, esta vez, al gorila no le parecieron extraños.
Abajo se escuchaban unos croares raros.
Eran sonidos lentos y profundos, a ratos parecían casi musicales y otras veces roncos y misteriosos.
Bastante molesto y saltando de rama en rama, Razán se descolgó hasta el lugar de donde provenía

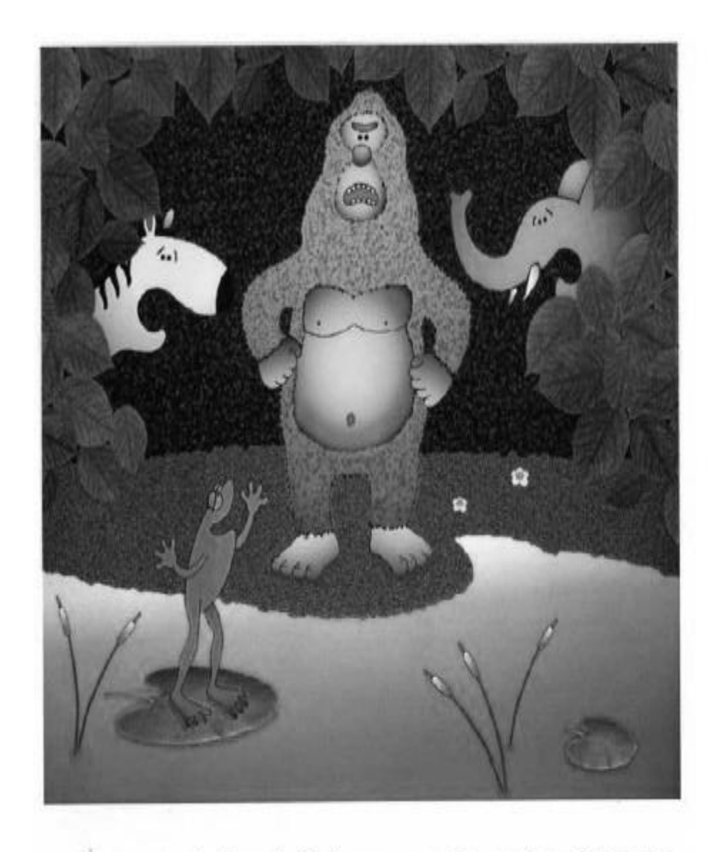


tal desorden: una pequeña laguna en el costado del bosque.
Ahí pudo ver, sentado sobre una hoja a la orilla del agua, un gran sapo de ojos dorados y mirada soñadora que croaba mirando al cielo.
Su cuerpo verdoso y brillante se estremecía con cada movimiento y el aire parecía juguetear feliz al entrar y salir de su garganta.

—¿Qué son esos gritos, sapo mal educado?
–preguntó Razán, furioso.
—No grito. Sólo estoy cantándole poemas a la luna
–respondió el sapo, mirando al cielo.

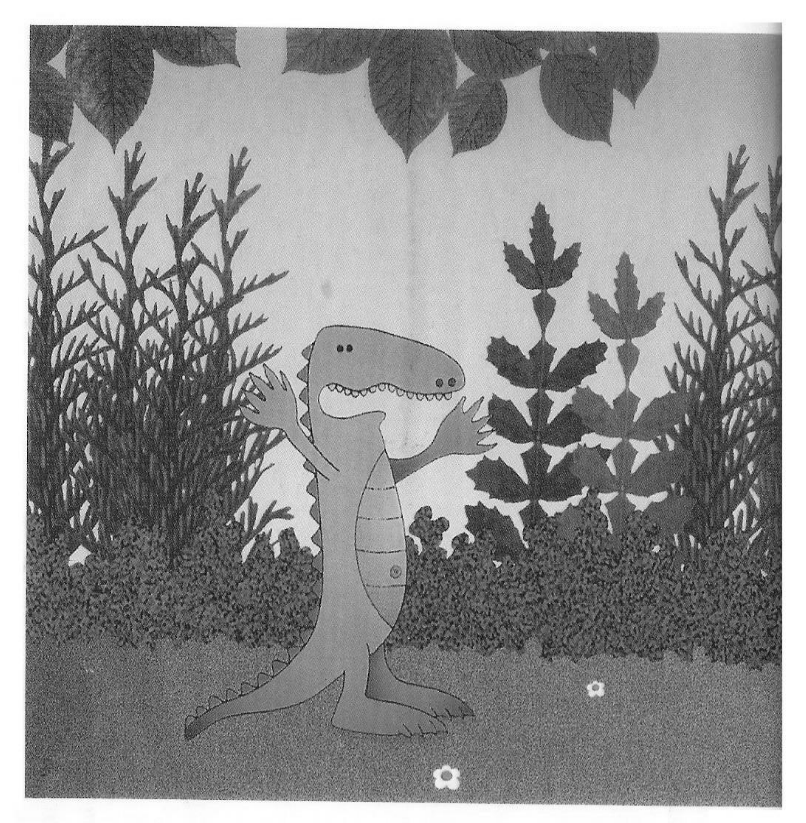
El gorila dudó unos instantes. Le parecía tan absurdo
que alguien le cantara poemas a la luna.
Y, luego, sacudiendo su enorme cuerpo peludo,
se acercó y cogió con una de sus manotas la hoja,
dejando caer el sapo al agua.





—¿Poemas a la luna? ¡Qué manera de perder el tiempo
en algo sin importancia! –reclamó indignado.
—¡Es importante! –se atrevió a responder el sapo
nadando hacia la orilla–. La luna es bella,
su luz hace la noche luminosa
y me ayuda a tener sueños hermosos.

—¡Tonterías! –agregó con voz amenazante el Jefe Razán–
Con tu desorden has logrado distraer mi sueño.
O guardas silencio, o me veré obligado
a tomar medidas muy serias en contra tuya.
—Ahora, ustedes –dijo mirando a los animales
que escuchaban–: ¡Todos a sus guaridas,
y a olvidarse de las tonterías del sapo!
–dio media vuelta, trepó de rama en rama
hasta volver a su hogar, se recostó y se durmió.



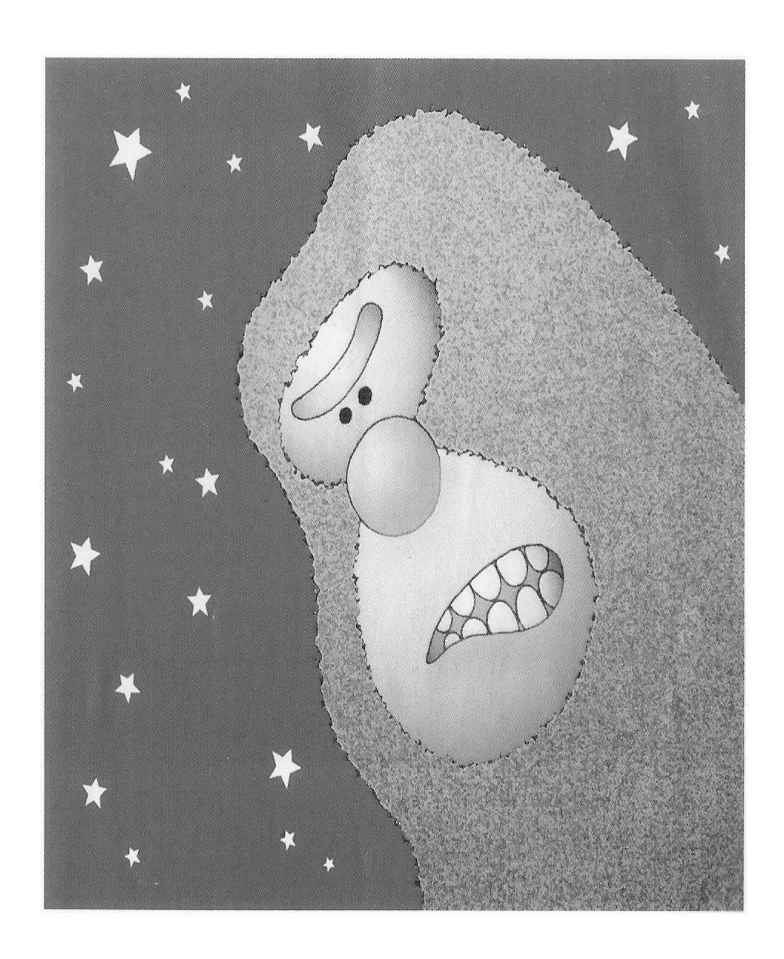
A la mañana siguiente, los rumores corrían por la selva.
Algunos alababan la valentía del sapo
de haberle respondido sin miedo a Razán.
Otros discutían que nada debería perturbar
la tranquilidad del anochecer.
Así llegó nuevamente la hora del descanso.



Silenciosas pisadas se empezaron a escuchar por entre
la oscuridad, y más de alguna rama se remeció
al contacto de un cuerpo que cruzaba sigiloso.
Razán, desde lo alto, podía intuir lo que sucedía abajo.
Mientras, esperaba ansioso.

Hasta que, de pronto, se volvió a escuchar el canto del sapo. No era fuerte como la noche anterior, pero sí inundaba el bosque.
Indignado, rompiendo ramas, el gorila bajó hasta la laguna y, sin pensarlo, cogió al sapo y lo tiró al agua, mientras amenazaba a los otros animales.





—¡No puedo evitar que pierdan el tiempo! –les gritó–, pero sí puedo tratar de terminar con los ruidos molestos. Desde esta noche, el sapo no cantará más –agregó.



Los animales reaccionaron furiosos.

—¡El sapo me está enseñando a cantarle a la luna!

–reclamó una cebra.

—¡A mí, los poemas me hacen soñar con cosas hermosas!

–agregó una jirafa de largas pestañas.

—Y yo –dijo un hipopótamo bostezando desde la orilla–

voy a investigar con el sapo por qué crece la luna.

El gorila, molesto, titubeó unos instantes.

Esto era demasiado, un jefe debía poner orden

y sobre todo un jefe gorila.

Luego, empujando al sapo con desprecio

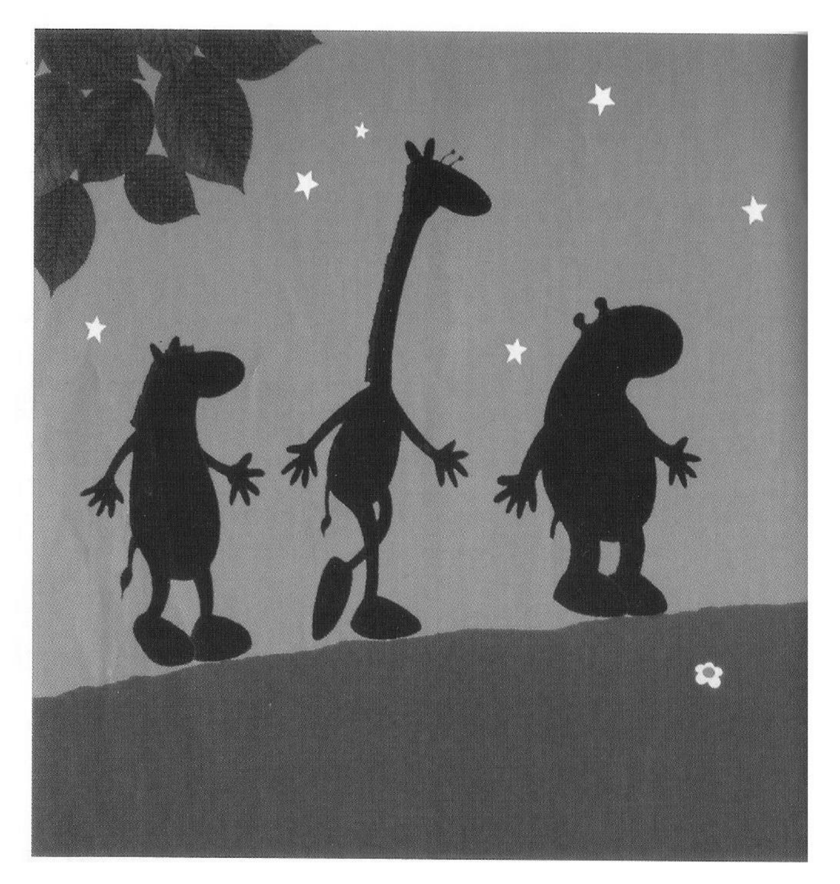
hacia un lado, agregó:

—¡Mañana en la mañana ya no quiero verte aquí!

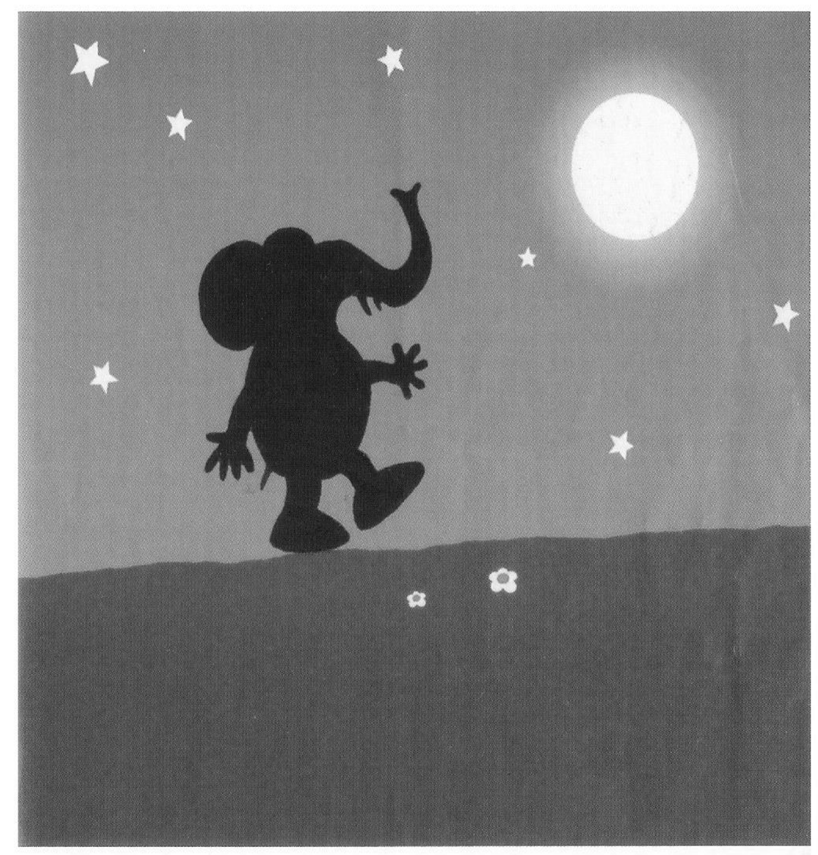
El sapo lo miró con sus grandes ojos dorados,

pero no dijo nada.

Razán subió a su rama y se dispuso a dormir.

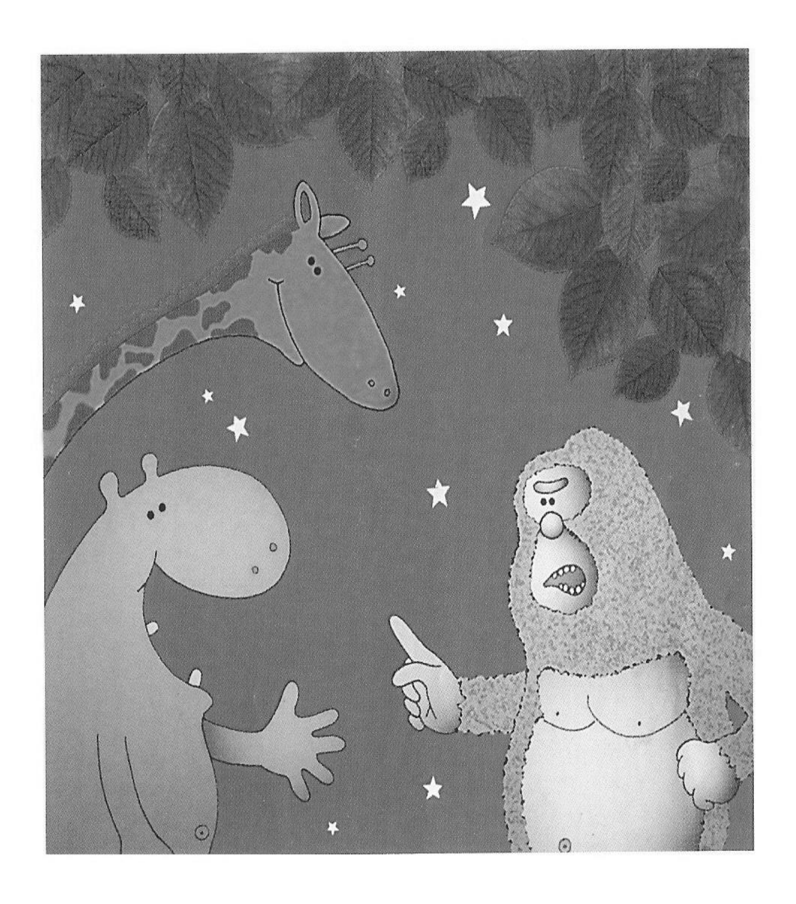


Sin embargo, los animales no quedaron conformes,
en especial el hipopótamo que estaba
muy entusiasmado con el tamaño de la luna.
Por ello, decidieron reunirse esa misma noche
y discutir la situación.

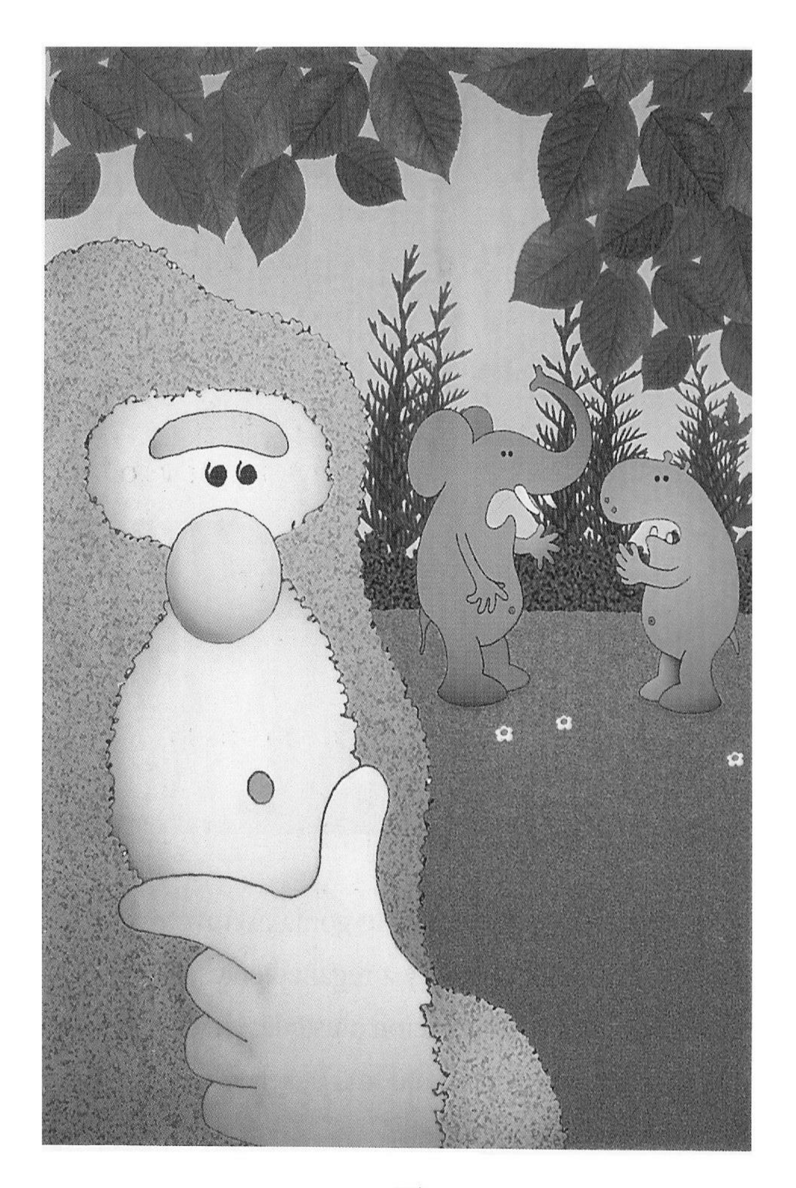


—¡Alguien debería enseñarle buenos modales a ese Razán!
–vociferó el hipopótamo.
—¡Qué mal humor! –chilló un loro.
—¿Y qué podríamos hacer? –preguntó un cocodrilo.

Después de mucho conversar, llegaron a golpear
el tronco del árbol del gorila.
—Jefe Razán –habló el hipopótamo
en nombre de todos–, hemos venido a rogarte
que recapacites y permitas al sapo quedarse en la selva.
Si él se va, ¿quién nos enseñará a cantar
y a entender por qué cambia la luna?

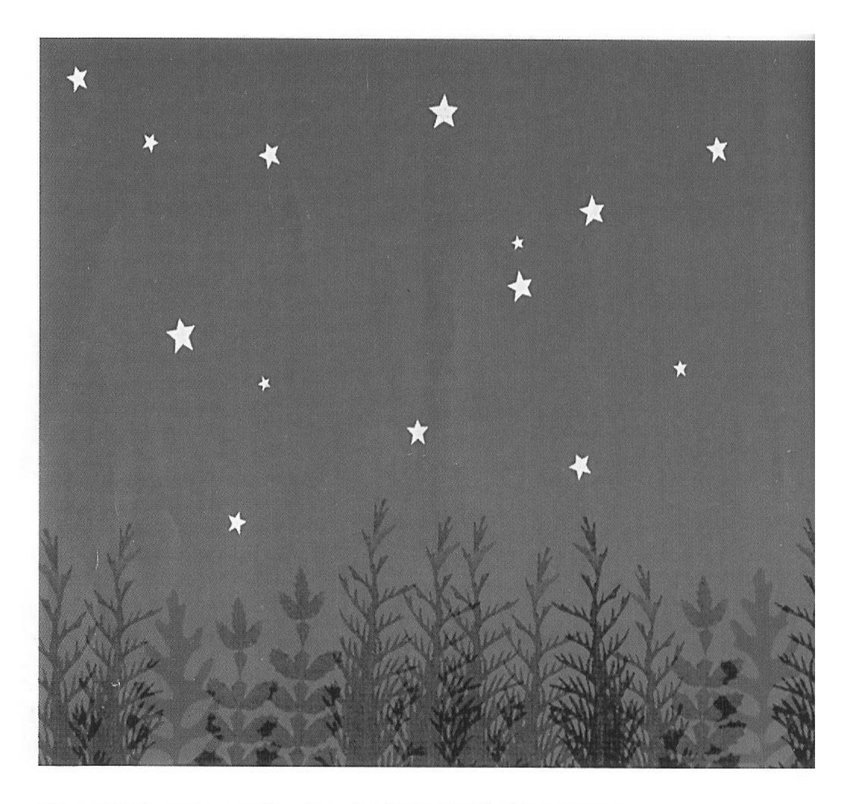


A pesar de estar furioso, el jefe gorila no tuvo más
que aceptar aquel pedido y a regañadientes exclamó:
–¡Está bien! Por consideración a ustedes, le daré al sapo
una semana más para abandonar la selva.
Recuerden, sólo una semana.



Durante los siguientes días, el gorila pudo apreciar
cómo grupos de animales
se reunían a cuchichear en el día y,
cuando él aparecía, se quedaban en silencio.
—¿Qué estarán tramando? –se preguntaba inquieto Razán.

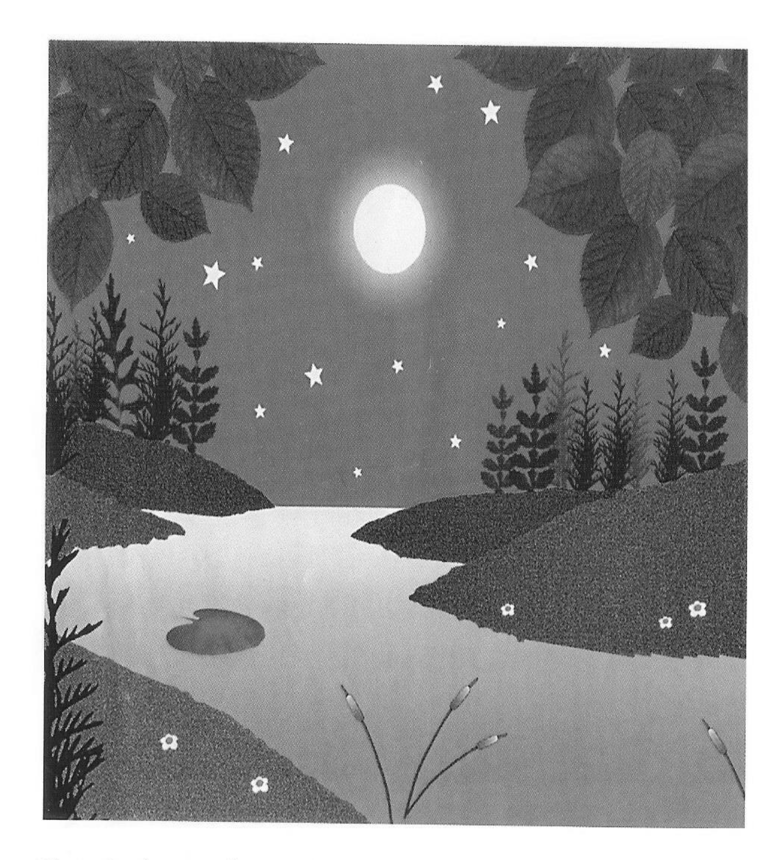
Pero al anochecer, ya tendido en su rama,
la curiosidad se apoderaba de él y, sin darse cuenta,
empezaba a escuchar al sapo,
tal vez para descubrir qué poseía aquel canto
que tanto gustaba a los animales.
Luego, miraba la luna y poco a poco
iba cayendo en una suave modorra
hasta quedarse dormido.



Y, aunque se sentía muy solo por el desprecio
con que ahora lo trataban los animales,
algo de ese canto lo distraía y lo hacía sentirse en paz.
Así, noche tras noche, sin darse cuenta,
el gorila iba poco a poco acostumbrándose
a aquella melodía.



Una noche sucedió algo especial. La luna brillaba en el
cielo iluminando la selva con sus rayos plateados,
y el gorila se preparaba para dormir.
Pero algo lo molestó y no pudo hacerlo.
Se dio vueltas y más vueltas en su rama,
se restregó los ojos, bostezó, se golpeó el pecho
tres veces, pero nada, el sueño no llegaba.

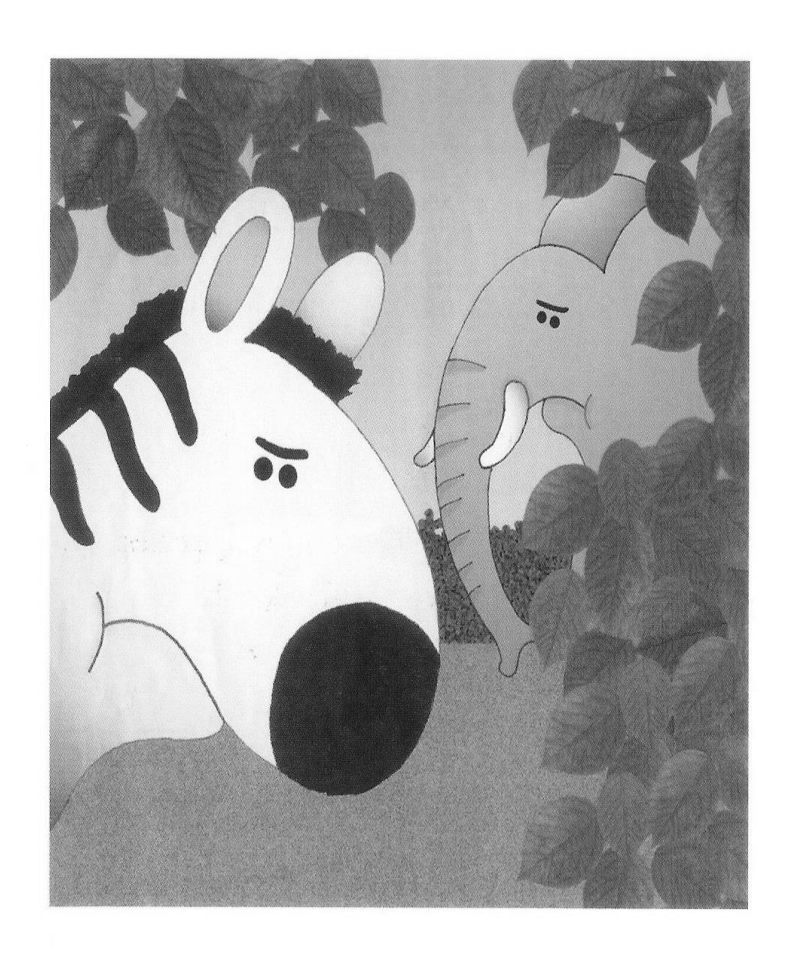


Extrañado agudizó su oído.
Entonces, se percató de que la selva estaba en silencio, que no escuchaba el canto del sapo.
Desilusionado, bajó a la laguna y la encontró solitaria.
Intrigado, volvió a su rama y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, no pudo dormir.

Algo le faltaba y su corazón de gorila orgulloso así se lo hacía notar.
—¿Dónde está el sapo cantor? –fue lo primero que preguntó a la mañana siguiente.
—Se ha ido –le respondieron–, como tú lo mandaste.

Razán sintió algo triste en su pecho, pero no dijo nada y otra vez esa noche estuvo incómodo y sin poder conciliar el sueño.





—¿Cantarán poemas esta noche? –preguntó a los animales al otro día.

—¡No! –respondieron pájaros, jirafas, cebras y hasta los grillos

Razán no se atrevió a insistir,
mal que mal él era el jefe.
Pero tampoco durmió esa noche ni las siguientes.
El silencio del bosque no lo dejaba dormir.
Hasta la luna le parecía menos luminosa.
Los habitantes de la selva observaban
sus ojos ojerosos sin decir nada.



Y una mañana, el gorila no apareció.
Colgado del tronco de su árbol,
se encontraba un letrero que decía:

"AMIGOS DEL BOSQUE, VUESTRO JEFE, GORILA RAZÁN,
SALIÓ ARREPENTIDO A BUSCAR AL SAPO".
FIRMADO: EL JEFE RAZÁN.

Luego de algunas horas, se vio venir a un gorila enorme
con un sapo de ojos dorados y misteriosos
parado sobre su hombro.
Y así el sapo, generoso como son los sapos,
continuó cantándole poemas a la luna
junto a los demás animales.

Y el gorila Razán volvió a dormir tranquilo.

